

El árbol de la bondad

escribe José León Sánchez

Especial para LA REPUBLICA

Todo en esta casa habla de arte. Un arte sencillo como una vieja piedra de moler café. En una esquina el cuadro de Rafa Fernández. Describe una pelea de gallos una pose de realismo que asombra ya en los primeros pasos de nuestro artista en pos de la pintura. Tres pinturas de Néstor Zeldón que ha rogado se quemén por pensar que el admirable escultor que en él habita no alcanzará ser igualado por el pintor que le bulle en su fibra de artista.

Motivos chorotegas. Nahuas. Aztecas. Flechas de biscoyol y un tambor con cuero de boa que si se le toca tenuemente con la uña emite un canto de solva, de ríos, por montañas. Encanta en su silencio como el último eco de un mensaje de derrota en que solamente ha perdido el indio. Nuestro indio.

En el centro de la sala, testigo de la vida y de la muerte— una piedra de moler maíz.

de cuando a un año

—“Cuando era niño...” murmura Carlos Calvo Redondo en cuya casa nos encontramos en San Antonio de Desamparados.

Su madre en San Rafael de Oreamuno era muy pobre y con la venta de las tortillas intentaba levantar una familia buena, recogida y limpia, con el mismo empeño con que otros luchan por erigir un imperio. Y el niño se acercaba a su madre tomado de una punta de su delantal y empujando sus pies al máximo, tomaba pelotitas de masa de una orilla en esta misma piedra de moler. Hoy aquí. Silenciosa muestra de un triunfo con la huella panzuda y victoriosa de las manos que sobre ella molieron por miles de libras el maíz.

Blanquita, su esposa, nos va guiando por salas y cuartos de esta casa, donde prima el sabor de la amistad.

A un lado del comedor una tabla que sin duda perteneció a un árbol quemado y donde se ha estampado un letrero. Es la misma que inspira este artículo:

*La Flor de la Bondad
Nunca se Marchita*

Y ahora es Carlos Calvo Redondo quien nos cuenta la historia del árbol. Con una amable forma de contar aprendida de Carlos Salazar Herrera, amigo íntimo de la casa en este lugar donde de tarde en tarde solemos hacer reunión los artistas de la pluma, el color, el sonido y la locura, sin remedio.

—Quería hacer una casa con mis propias manos pero carecía del dinero para la compra de toda la madera. Alguién me dijo que en Esparta existe un pueblo llamado El Mojón donde los árboles de Guanacaste viven deganados por las sabanas como gallinas de patio.

El Mojón está a tres kilómetros de Esparta y se pierde en la sabana por el camino de Artiada. Allí habitan los hombres que trabajan tierras de bajura en la Costa del Pacífico Casas hechas de petatillo y techos de palma. Una casa mejor que otras con tejatillo sobre el alero donde pululan las moscas que en enjambre acuden al caldo dulce que sueltan los plátanos más tarde convertidos en los sabrosos “pasados”.

—“Lo demás: el rosario interminable de la gente pobre que se adentra hasta el infinito con esos ranchos que piden a gritos una reforma social que ya tarda en llegar más de los cien años...”

—“No existe cañería. En cada

solar un pozo hondo del que se extrae el agua con un moli no he hizo similar al que usaban los egipcios hace cinco mil años para sacar el agua del Nilo. En el corral de las casas tal vez una vaca. Un cerdo. La yunta de bueyes que allá ha de tardar en desaparecer. El campo pesino se ha dedicado a la siembra de árboles frutales que al cambiar el paisaje han dado nombres pintorescos a la geografía: Marañón de los Piedra; Caimital de Paso Azul, Quebrada de los Bueyes, Tama rindal...

—“Y los guanacaste... mi enhiestos como una mano que re ta al cielo. Algunos con doscientos años de vida y cincuenta metros de altura.

—“Don Rafael y Fausto nos llevaron al árbol que deseábamos comprar. Está caído en el lindero de una zocola y quemado. Solamente quemados suelen caer estos grandes guanacastes. Y allá cenizaros, cedros que parecen brincar sobre quebradas secas, y cercados que semejan borrachos recostados sobre la orilla de los caminos.

—¿En cuánto valora este árbol?

—“Si usted me da doscientos colones—me respondió don Rafael lo que me llenó de alegría ya que convertido en madera podría valer seis mil pesos.

—“Todo un pueblo nos ayudó a sacar el palo hasta la carretera”.

—¿Duro mis animalitos, duro!

—¿A ver mis bueyillos, descansan! — le decía otra vez cuando ya los bueyes no daban y nos miraban con ojos de infinito reproche.

Los bueyes lengua afuera se paraban un rato.

Así fuimos ganando terreno metro a metro, ayudados por las tres yuntas de animales y casi el esfuerzo de treinta vecinos.

—“Pensaba lo feliz que Blanca, mi esposa, se iba a poner cuando me viera llegar a San José con el palo destinado a confeccionar nuestra casa

Una vez en la carretera llegó la hora de saldar cuentas con toda esta gente. Ellos vinieron ayudando al buey. Colocando palos en las maneadas llenas de barro que tenía el camino. Metieron el hombro en las cuevas para aliviar a los bueyes. Me miraban con aliento cuando yo pensaba que definitivamente ese árbol no iba a llegar hasta la carretera.

—“Y en ese momento los campesinos no me quisieron cobrar. Aceptaron los frescos de sirope. Los dos pesos de gatos que compré. Pero de dinero, nada.

—Usted Carlos es un hombre pobre. Reciba el trabajo como el recuerdo de este pueblo.

—“Hoy aquí están las tablas que sobraron del árbol. Cada semana les voy encontrando a-comodo. Para mí este árbol es como el refugio del más hermoso entre los recuerdos de mi vida. Es casi hermano de la piedra de moler el maíz que heredé de mi madre. Es el refugio de la bondad que hace hermanos a todos los hombres, dondequiera que ellos quieran sembrar el corazón”.

Por lo anterior hemos escrito esta estampa de nuestra Patria. Como el homenaje a esta casa con olor a la amistad. En su patio Carlos ha sembrado pasturas que se encienden en Navidad y en cuyo centro siempre hay un coro de negros con la boca muy abierta. Ahí también está el arbusto de arracache que da fruto en Navidad. Quizás en la noche misma, cuando pendulan las campanas y en pesebres rústicos nace el Niño Dios. Y una estrella galana fulgura en el horizonte con su mensaje de paz, que nació hace dos mil años sobre un establo de Belén.